

Pedro Cobo

BARRERA, Carlos, *Periodismo y franquismo. De la censura a la apertura*, Pamplona, Ediciones Internacionales Universitarias, 1995.

CHULIÁ, Elisa, *El poder y la palabra: prensa y poder político en las dictaduras: el régimen de Franco ante la prensa y el periodismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, Colección Historia Biblioteca Nueva, 2001.

La Historia de la Comunicación, o la Historia de los Medios tiene ya un lugar propio dentro de la historiografía actual. En la mayoría de las Facultades de Comunicación —españolas o extranjeras— cuentan entre sus materias alguna que verse acerca de la historia de la comunicación a escala mundial, además de la historia autóctona. No es raro encontrarse en los manuales de Historia algunos capítulos dedicados precisamente a la comunicación en sus distintas formas; como ejemplos cercanos tendríamos los manuales de Historia Universal Contemporánea e Historia Contemporánea de España, coordinados por Javier Paredes y editados por Ariel, en donde se incluyen sendos capítulos a los medios de comunicación en los siglos XIX y XX. Cada día es más necesario, imprescindible, para entender los procesos históricos el papel de los medios. Sería difícil, por ejemplo, comprender la guerra de Cuba sin Hearst, el estudio de la I Guerra Mundial sin el análisis del chauvinismo destilado a través de la páginas de los diarios en toda Europa, por no hablar de la Guerra del Golfo y la CNN. Muchos investigadores están intentando llenar huecos historiográficos a ese respecto; aún así, todavía queda mucho terreno por roturar. Si *El periódico*, de Weill, de 1934, todavía sirve como texto básico en muchas universidades nos habla de su excelente e innegable calidad pero también de la carencia de otros textos que lo hayan podido suplir.

Las historias universales se elaboran y enriquecen, no puede ser de otra forma, con las historias locales. En los últimos años han aparecido dos libros que nos ayudan a entender un periodo histórico reciente de España: el franquismo. Desde dos perspectivas muy diferentes, pero no excluyentes, Carlos Barrera y Elisa Chuliá, se han atrevido a acercarse al muy difícil campo de la investigación del periodismo.

El libro de Barrera, partiendo desde la Segunda República, hace un recorrido histórico de los medios de comunicación social para terminar en la mitad de los setenta, con la muerte del franquismo. Barrera, autor de varios libros acerca del periodismo —*Historia del Periodismo español* y *El diario Madrid*— se centra precisamente en esa parcela de la comunicación: los periódicos. Los diarios, sus directores, las empresas detentadoras de las acciones y los articulistas más afamados, ocupan la mayor parte del libro. También dedica cierto espacio a las revistas de política o del *corazón*; y no deja de lado a la radio o, en el último periodo, a la televisión, a los que se les dará una importancia apenas relevante. La razón de este predominio del periódico, además de la dificultad del estudio de medios tan volátiles como son la televisión y la radio, se debe a la mayor aportación que los periódicos pueden hacer acerca de la dictadura. Los periódicos, a diferencia de los otros medios, sufrieron el control estricto de los censores, pero al fin y al cabo no eran un monopolio del Estado y estuvieron repartidos entre las distintas fuerzas políticas en las que estaba sustentado el franquismo. Esta diversidad de propietarios, y visiones políticas, hacen que su estudio sea más esclarecedor para entender una época.

El libro está dividido en tres grandes capítulos que se acercan al periodo de la República y la Guerra Civil, el franquismo hasta la “Ley Fraga” del 1966 y el periodo agónico del tardofranquismo. Barrera, además de un estudio de la comunicación, es un buen conocedor de los entresijos de la política española del siglo XX sobre los que ha escrito varios trabajos, y dedica especial atención a la relación política y periodismo. Su análisis, sin olvidar la calidad técnica, estrato social al que están dirigidos los periódicos y contenidos, está más centrado en las fuerzas políticas que apoyaban algunos de los periódicos más importantes. Durante la República se centrará en la relación ABC-monárquicos, *El Debate*-CEDA, *La Libertad*, *El Sol* y *La Voz* cercanos a los republicano-azañistas, o *El Socialista* órgano del PSOE. También añade jugosos comentarios de la prensa del momento, como la crítica de *El Socialista* a su colega *El Debate* al que califica con el bonito título de “gasterópodo diario de plaga jesuítica” que nos ilustran acerca de la tensión política del momento.

El periodo central del franquismo está analizado desde la óptica de las distintas fuerzas políticas detentadoras

de los medios periodísticos –El ABC monárquico, la prensa del Movimiento, el *Ya* de los “católicos”- y el control de la prensa mediante censura, consignas y multas. También se añaden algunas páginas acerca del NO-DO y su papel de indoctrinación de las masas no lectoras de diarios además de breves referencias a una radio totalmente controlada.

El último periodo, a partir de 1966, es el más largo y el más logrado del libro -no cabe duda de que el autor está más interesado en esa época que en las anteriores-. A través de estas páginas podremos ver la cierta, aunque muy moderada, crítica del *Ya* al gobierno; la oposición más abierta de *El Alcázar* y *Madrid* que acabaron con la defenestración de José Luis Cebrián, director del primero, y la persecución económica hacia el segundo por parte de Fraga. También, gracias a un análisis de contenido, Barrera nos muestra como las luchas familiares se trasladaron a las páginas de los diarios más importantes. El libro termina con algunas referencias al declive de la Prensa del Movimiento, el análisis de la agencia de noticias Europa Press y un breve análisis de la radio y la televisión.

Escrito en un estilo ameno y accesible para la mayor parte del público, deja traslucir un profundo conocimiento del mundo periodístico y político de la época estudiada. La unión de la amenidad, la profundidad y la capacidad de análisis, lejana de una mera yuxtaposición de nombres de periódicos, hacen de él un libro clave para aquellos que quieran comprender la difícil situación de la prensa bajo el autoritarismo franquista.

El libro de Chuliá es un trabajo de gran profundidad fruto de más de cuatro años de investigación en la Fundación March, donde cursó su doctorado. Su aproximación a la prensa durante el franquismo es desde la Ciencia Política más que desde los estudios históricos o de comunicación. A la autora le interesa conocer cómo evolucionan las dictaduras y eligió como caso a la prensa. Parte de una premisa básica: el régimen de Franco no es un régimen fascista de corte autoritario; es un régimen autoritario según la muy conocida definición de Linz, y por lo tanto la evolución interna de ese régimen tiene similitud con otros regímenes de corte parecido.

En la primera parte del libro, la autora nos muestra un estado de la cuestión acerca de los estados autoritarios, su evolución y las transiciones a la democracia. Chuliá concluye que en esa evolución existen tres fases: implantación, normalización y liberalización. En la primera la represión sería indiscriminada. Durante la implantación, con unos espacios públicos mínimos, la represión sería selectiva la población ya conocería los límites por los cuales debería transitar para no ser perseguido. En la fase de liberalización, se produce una cierta relajación de la presión gubernamental que se traduciría en la aparición de ciertas libertades como poder votar para ciertos cargos públicos, excarcelación de presos políticos, cierta libertad de prensa, etc. Para Chuliá, que realiza una nueva periodización del franquismo, estos tres estadios en el franquismo se darían entre 1936 y 1948 para la implantación; desde 1948 hasta 1962 para la normalización y, finalmente, de 1962 a 1977 para la liberalización.

El paso de una fase a otra, desde la mayor presión gubernamental hasta una cierta liberalización, se puede percibir por ciertas manifestaciones. Una de ellas sería la prensa. Chuliá piensa que el estudio de los diarios es uno de los parámetros más susceptibles a la presión gubernamental, y por lo tanto puede ayudar como ningún otro caso de estudio a esclarecer cómo se realiza la evolución interna de una dictadura. En la investigación demuestra cómo la prensa pasa desde una primera fase -sometida a un estricto control por parte del poder político con cierre de diarios, encarcelamiento de periodistas no afines, sometimiento total al ministerio correspondiente, etc.- a una segunda con una cierta pluralidad dentro de unos márgenes claramente establecidos. Las conocidas críticas desde el organismo oficial de la Jerarquía Católica, *Ecclesia*, o la negativa de directores de periódicos a secundar las directrices del Ministerio de Información y Turismo en este segundo periodo demostrarían su hipótesis. Así por ejemplo, a principios de los cincuenta, ABC se negó a remover de su cargo a Torcuato Luca de Tena, o Josep Vergés,

propietario del semanario *Destino*, se negó a vender las acciones de su empresa, a pesar de que ambas recomendaciones partían de Arias Salgado, ministro de información del momento.

Chuliá no se limita, para distinguir entre estas dos fases, a la bibliografía conocida sino que ha realizado un encomiable análisis de contenido hemerográfico, no realizado hasta el momento, para apoyar sus afirmaciones. Así demuestra que las “recomendaciones” que los diarios hacen a los políticos, atrevimiento apenas existente durante la implantación, aumenta conforme discurre el periodo de normalización. Esas indicaciones al gobierno pasan de un cinco por ciento en la primera fase a más de un veinte por ciento en la segunda. Así mismo, las referencias positivas hacia actuaciones del gobierno disminuyen ostensiblemente entre la segunda y primera fase.

La *liberalización* para la autora coincide con la llegada de Fraga al Ministerio de Información y Turismo y su declaración, a los pocos días, del proyecto de una nueva ley de prensa. Es bien conocido que la prensa a partir de ese momento sufrió una relativa distensión que culminó con la famosa *Ley Fraga* de 1966. Pero Chuliá no se limita a relatar lo ya conocido, sino que al hacer otro análisis de contenido para esta época demuestra que entre el periodo de normalización y el de liberalización las recomendaciones pasan de un veinte por ciento a cerca de un sesenta por ciento. Con respecto a la visión de la actuación del gobierno, si en la normalización el sesenta por ciento eran positivas, durante la liberalización esa valoración sólo estaba en un cuarenta por ciento de las notas analizadas.

El libro de Chuliá, al igual que la mayoría de los trabajos de investigación serios, no es fácil de leer, en especial las partes dedicadas al estudio estadístico. Es, sin embargo, un trabajo notable, muy innovador, y que ayuda a despejar zonas no estudiadas anteriormente. Hay que agradecerle a la autora el enorme esfuerzo de vaciado de contenido. El estudio de la prensa siempre es difícil, pero mucho más si el periodo es tan amplio. Es de esperar, que este trabajo sirva de ejemplo y punto de partida para otros historiadores interesados en la relación entre política y periodismo en nuestro país.

Javier Muñoz Soro

MAINER, José-Carlos y JULIÁ, Santos, *El aprendizaje de la libertad, 1973-1986*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.

Entre las numerosas propuestas de síntesis histórica que está ofreciendo el mercado editorial durante los últimos años, en una tendencia muy saludable, sobresale ésta de los profesores José-Carlos Mainer y Santos Juliá. Para empezar, porque a la capacidad de síntesis se suma un empeño menos frecuente en llevar a la práctica el principio horaciano del enseñar deleitando, como ya es norma consolidada en la abundante obra de ambos autores. *El aprendizaje de la libertad* participa de otra corriente, la que podemos llamar “nueva historiografía de la normalidad” en la interpretación de la reciente –pero no sólo– historia de España. Por ello son pertinentes las referencias a los temores del politólogo Giovanni Sartori tras la muerte de Franco o los prejuicios pseudoantropológicos sobre el pueblo español de Gerald Brenan, tan extendidos en la cultura anglosajona hasta los años setenta, con los que se abre el libro. Es curioso, sin embargo, que los avatares editoriales del libro delaten ciertas zonas de sombra en esta deseable normalidad. Como reconocen los propios autores, su antecedente obligado es el volumen que escribieron, junto a José L. García Delgado y José M. Serrano Sanz, para la *Historia de España* dirigida por Tuñón de Lara, que tuvo escasa difusión por “dificultades de tesorería de la Editorial Labor y también por la alarma de sus directivos ante algunas alusiones al Opus Dei que contenía el texto” (p. 12).

El análisis histórico del periodo, enmarcado entre dos fechas bastante aleatorias vista la posterior amplitud cronológica de la exposición, privilegia dos temas: el gran cambio socioeconómico puesto en marcha por el desarrollismo tecnocrático, y las raíces culturales e ideológicas de la democracia. El primero ha sido abordado por Santos Juliá en otras ocasiones y participa del énfasis sociológico presente en buena parte de la historiografía sobre el franquismo y la transición. Más que la descripción de las transformaciones económicas y sociales, tienen interés las implicaciones políticas que el autor destila con maestría y rotundidad. El final de la agricultura tradicional evitó a la clase política afrontar la conflictividad en el campo y la cuestión de la reforma agraria, que tan desastrosas consecuencias habían tenido en los años treinta. La expansión del Estado, el sector público y la educación, sobre todo universitaria, “liquidó la base institucional del poder” y el monopolio de la Iglesia que caracterizaron al primer franquismo. La nueva mesocracia urbana, empleada en la gran empresa, los servicios o la administración, renunció al discurso radical, republicano y anticapitalista, y tampoco la clase obrera recuperó el discurso de la revolución anterior a la guerra, de manera que “República y socialismo como proyectos o ideales políticos dejaron paso a una, primero tímida, luego más vigorosa reivindicación de la democracia” (p. 31).

Cierta novedad, respecto a la obra anterior de Santos Juliá, supone la mayor importancia concedida aquí a la (re)construcción de una cultura democrática y al pacto entre la izquierda histórica y los grupos que se distanciaron de su anterior vinculación, política o sociológica, al régimen: “la transición no era nueva, sino vieja de treinta años, en su exigencia básica: fin del discurso de la guerra, reconciliación, amnistía y renuncia de la revancha. La transición fue nueva en sus agentes” (p. 45). Ello a pesar de la debilidad de la oposición antifranquista, de su aparente radicalismo dialéctico y de los reiterados fracasos en sus apelaciones a la movilización popular. El autor repasa los conocidos estudios sociológicos que coinciden en destacar la moderación de la sociedad civil, que impuso la “ruptura pactada”, concentró el voto en 1977 en los dos partidos “que prometían con más garantía de éxito una mezcla de cambio y reforma”, y llevó a la democracia española a unos niveles de legitimidad equiparables a los de otras naciones europeas. No queda claro, sin embargo, por qué tanta moderación no se tradujo en una más cómoda mayoría para UCD o favoreció una coalición de gobierno semejante a las que se formaron en Europa después de 1945. Ni, desde otra perspectiva, el éxito del PSOE, no tan moderado a la altura de 1977, en las elecciones y en la lucha por la hegemonía dentro de la izquierda. Se echa en falta una mayor atención al contexto internacional, al menos para explicar por qué no se materializó un escenario “a la italiana”, vaticinado por muchos e igual de compatible con los índices de renta alcanzados por España.

La segunda parte del libro constituye una demostración de la apabullante capacidad de José Carlos Mainer para dar sentido a una enorme cantidad de información. Un río de palabras y memoria que a veces amenaza con desbordarse pues, junto a páginas imprescindibles dedicadas a la imagen de la guerra civil o “los niños de la guerra”, abarca los más variados asuntos y no rehuye siquiera la reflexión sobre el concepto “cultura”. Sin embargo, el conjunto no pierde nunca su unidad y cada uno de esos temas incluye reflexiones más o menos originales, pero siempre interesantes, que van del prestigio de los intelectuales en la transición al poder mediático de los “tertulianos”, de la construcción del “Estado cultural” bajo los gobiernos socialistas a la “cultura de la queja” de las nuevas autonomías, del pensamiento totalizador del estructuralismo marxista –un “indigesto producto intelectual” (p. 90)- a la fragmentación y promiscuidad de la cultura posmoderna.

Mainer insiste aquí en su conocida aversión hacia los “adanismos” en materia cultural, reafirmando la continuidad subyacente en 1936 o 1975, más aún en el caso de supuestas rupturas como la literaria de los “novísimos” en 1970. Cuando se ha convertido en un tópico hablar de discontinuidades en la historia, la literatura o el arte españoles del siglo XX, seguramente es útil recordar que “no hay cortes en la historia del pensamiento y mucho menos en lo que llamamos historia de las mentalidades” (86), que los fenómenos culturales son en gran medida autónomos y se insertan en corrientes de alcance internacional. Para un historiador de la contemporaneidad, sin embargo, por encima de consideraciones de *moyennes durées* siguen pesando el discurso y las actitudes conscientes de unos actores sociales que se sitúan en relación al pasado inmediato. La exitosa y rápida inserción de la “movida” en un contexto internacional de capitalismo tardío fue posible porque nació del vacío, más que del rechazo al franquismo, ajena a la ética/estética del compromiso.

Tiene razón Mainer cuando señala “la incapacidad estética del franquismo como tal régimen totalitario frente a los pavorosos imperativos del nazismo germánico o frente a las utopías descabelladas del fascismo italiano” (187). Pero tal incapacidad no fue exclusiva del franquismo, ya que sólo el fascismo italiano de los años veinte impulsó, en parte, la estética revolucionaria y modernizadora que reclamaban el futurismo y el racionalismo, muy diferente del clasicismo megalómano y *kitsch* de Speer, metafísico de los EUR o pseudoescorialense del Ministerio del Aire, donde los espacios racionalistas son anecdóticos frente a la lectura global del edificio. El régimen podía ultimar las anodinas obras de los Nuevos Ministerios, pero nunca se hubiera exhibido ante el mundo con algo semejante al pabellón de la República en 1937, igual que, pasado el periodo de las veleidades totalitarias, la promoción oficial de la pintura abstracta no tuvo un sentido –político- muy diferente de la tolerancia hacia las extravagancias de Dalí. En todos los casos hasta hoy conocidos el totalitarismo ha impuesto una ruptura cultural drástica, pero nunca ha sido capaz de crear una estética original y ha debido recurrir a una tradición anterior -el arte de un periodo histórico, el casticismo neopopulista, el realismo didascálico, el neoclasicismo de la “vuelta al orden” de las vanguardias o un racionalismo desproporcionado- actualizada en clave propagandística. El arte del fascismo se quedó sobre el papel de libros y proyectos, mientras la América del *New Deal* levantaba los grandes rascacielos que, en el fondo, nuestros dictadores tanto envidiaban.

Xoan González Leiros

SAZ, I. y GÓMEZ RODA, A. (eds), *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*, Valencia, Ediciones Episteme, Colección Humanitas, 1999.

MIR, Conxita, *Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra*, Lleida, Editorial Milenio, Colección Minor, Historia, 2000

Sin duda adquiere el estudio del franquismo en los ámbitos regionales y provinciales un grado de matización deseable, y ésta es mayor si la perspectiva metodológica es original y sugerente, como en este caso. El libro es el resultado de un proyecto de investigación desarrollado en la universidad de Valencia -*Valencia en el franquismo (1939-1953): régimen, sociedad, oposición, consenso*- desde el año 1995, bajo la dirección del profesor I.Saz, y recoge siete trabajos que obedecen a una perspectiva común: penetrar en el entramado social, principalmente a través de la memoria de diversos grupos escogidos -sin olvidar otras fuentes-, y desvelar la pluralidad de actitudes frente a la dictadura. La historia del período recupera el protagonismo real de las gentes corrientes, tantas veces oculto en visiones simplificadas de grupos políticos vencidos y vencedores.

El proyecto parte, tal y como expone I. Saz en su amplia introducción, de la crítica conceptual desarrollada en las historiografías italiana y española en torno al término consenso, la diferenciación entre consenso activo y consenso pasivo, la historia comparada de los regímenes fascistas, especialmente en lo que concierne a su afianzamiento, que pone de relieve el peso de la represión en el caso español, y las virtudes explicativas de la corriente de historia de la vida cotidiana alemana, y se inspira directamente en el plano metodológico en los trabajos de Luisa Passerini sobre Turín, y en dos proyectos desarrollados en Alemania: el Bayern Project (Baviera en el nazismo) y el LUSIR (Historias de vida y cultura social en la región del Rhur de 1930 a 1960), de los que toma, entre otros rasgos, la fijación de la atención sobre los trabajadores corrientes y su vida cotidiana, el recurso a fuentes diversas y la fijación de focos sectoriales y locales de observación, lo cual dota al proyecto de cierto aire de sistematicidad o de corte transversal en el tejido social para los años de referencia.

De todos los trabajos, los de Ramiro Reig -*Repertorios de la protesta. Una revisión de la posición de los trabajadores durante el primer franquismo*- y J. Alberto Gómez Roda -*Actitudes y percepciones de la posguerra en Valencia. Informes de Falange, policiales, diplomáticos y del Partido Comunista*-, son los menos dependientes de las fuentes orales y exploran, como se aprecia, otras menos utilizadas hasta el momento.

El primero, especialmente, es rico en interpretaciones complejas. Ramiro Reig realiza una cala en las relaciones laborales del primer franquismo -sobrepasando el marco cronológico tomado como referencia general- enmarcadas, en los primeros años, por la represión y la miseria, que lleva al servilismo, que las convierten en trasunto del esquema vencedores/vencidos. En este contexto, lo que predomina entre los trabajadores es una actitud de consentimiento, como mal menor, alejada igualmente del colaboracionismo y de la resistencia. El estudio de las transgresiones cotidianas como "forma elemental" de protesta resulta atractivo en muchos aspectos, especialmente, desde nuestro punto de vista, la llamada transgresión laboral, o la creación de un espacio de libertad en el taller o la fábrica, basado en la experiencia profesional de los trabajadores. La protesta legal sólo podía articularse en los años cuarenta de manera individual ante el Sindicato vertical, y sujeta a grandes limitaciones. Sólo un porcentaje pequeño -por evaluar en la mayor parte de las provincias-, pero significativo, llegaba a la Magistratura de Trabajo. Con carácter colectivo se llama la atención para estos primeros años sobre el conflicto puntual. A partir de mediados de los cincuenta hay que valorar el papel de los Jurados de Empresa, a los que comienzan a acceder los activistas de izquierda. Finalmente, la conflictividad colectiva en los sesenta aparece ligada a la introducción en las empresas de la organización científica del trabajo y a la ley de convenios colectivos, en un contexto sociopolítico que comenzaba a dejar atrás las secuelas más gravosas de la guerra civil.

Las fuentes diplomáticas inglesas sirven a Gómez Roda para acercarse a las actitudes políticas de la burguesía valenciana una vez finalizada la guerra civil, constreñida entre la necesidad de reanudar sus vitales negocios con

Inglaterra y la lealtad a Franco, salvador frente al terror rojo. Los mismos informes, pero especialmente los procedentes de la Falange -partes mensuales a la Delegación Nacional de Provincias- muestran los roces entre las nuevas autoridades y el ambiente general entre las clases populares, sometidas a la implacable represión y al no menos implacable desabastecimiento. Por último, los informes comunistas y socialistas muestran la imposibilidad de una acción política continuada, pero sobre todo el desajuste de estas organizaciones con la realidad.

Joan J. Adrià -*Los factores de producción de consentimiento político en el primer franquismo: consideraciones apoyadas en el testimonio de algunos lirianos corrientes*- vuelve a constatar ese desajuste o divorcio. En su artículo analiza el papel de la represión -no sólo la más dramática: represión en sentido amplio, ambiente represivo-, la clasificación oficial de la población -adictos, indiferentes y desafectos-, el recuerdo de la guerra civil y la necesidad de sobrevivir, como generadores de consentimiento. La primera crea el marco de control y sometimiento en el que actúan los demás factores. La posición privilegiada de los adictos en el orden político y las necesidades de supervivencia o de mejora económica o social, crean sólidas relaciones clientelares. El recuerdo de la guerra sigue una doble vía: la de la sociedad y la del poder, que lo alienta, consciente de sus virtudes atemorizadoras. Soportar la penuria, construir alguna normalidad, articular cierta sociabilidad liberadora, ocupaba las energías de la mayor parte de las gente corriente.

El puerto de Sagunto es el punto de análisis en el que se sitúa J. Daniel Simeón Riera (*El franquismo vivido e imaginado desde una sociedad industrial...*). Aquí la fábrica, los Altos Hornos, marca la vida desde los años veinte, resultando la ciudad una creación de la industria, que actúa como polo de atracción de migraciones. La fábrica se vio profundamente afectada por la crisis de los años treinta, y la guerra supuso un golpe durísimo y el abandono demográfico y urbanístico de la ciudad. En los años cuarenta se asiste a una lenta reconstrucción en un contexto de miseria obrera. El poder de la fábrica, sin embargo, matiza la represión y los represores, y la tradición obrera la influencia de los organismos del régimen y la iglesia.

Siguiendo con los lugares industriales, Ismael Saz se acerca a los trabajadores de la Unión Naval de Levante. En un trabajo muy matizado y lleno de consideraciones metodológicas de gran interés, Saz nos muestra un grupo obrero claramente antifranquista sometido a esa represión de sentido lato y a la necesidad de supervivencia y de construcción de la normalidad ya comentadas. El trabajo tiene la virtud de insistir en el papel del paternalismo empresarial y en la figura de J.A.Girón, que creemos merecería un mayor seguimiento en otros estudios de carácter local con el fin de valorar posteriormente su influencia general.

El acercamiento a la fiesta de las fallas realizado por Gil Manuel Hernández i Martí tiene el doble interés de mostrarnos cómo, por un lado, en ellas se encierra un núcleo de valencianismo cultural (una cierta forma de resistencia), y por otro cómo el franquismo las transforma. El artículo reconstruye, mediante entrevistas, las vivencias y el significado de la fiesta para los miembros de las comisiones organizativas; pero también la sociedad valenciana mediatizada por el régimen a través de la exploración de la memoria de la sociedad fallera.

El último lugar de análisis lo constituye el barrio del Botánico de la ciudad de Valencia, en el que se recogen las experiencias y la visión de un grupo de personas caracterizadas casi en su totalidad por su compromiso religioso y pertenecientes a la Acción Católica. Se trata de gentes que ofrecen algún contraste con la mayoría de entrevistados en los trabajos anteriores, pues claramente para ellos represión se identifica con vivir la guerra civil en el bando republicano, encontrando liberadora la entrada del ejército de Franco, y disculpando en gran medida al régimen por la dureza de posguerra.

Con todas estas aportaciones el libro resulta francamente un acierto, de factura historiográfica impecable si atendemos a la exposición de sus fundamentos y a las consideraciones metodológicas siempre presentes, en general bien escrito y mejor editado. La complejidad social que resalta restituye, como decíamos al principio, protagonismo a la gente corriente. Entre las virtudes de los testimonios orales, además de la de corroborar o matizar las investigaciones con fuentes más o menos clásicas, está la de sugerir temas o sensibilidades nuevas, algunas de las cua-

les ya hemos señalado, que merecerían seguirse en otros lugares. La riqueza de este libro puede medirse precisamente en sus sugerencias.

Desde hace algunos años, la profesora Mir C. ha emprendido el estudio de la justicia en el primer franquismo, abriendo así una línea de investigación que en general contaba con escasa dedicación entre los contemporaneístas de nuestro país, de la cual el libro que reseñamos es su fruto maduro. Madurez duramente ganada tras batirse con miles de expedientes de la justicia ordinaria en la provincia de Lleida y desentrañar sus virtualidades, tanto para describir la vida cotidiana de aquellos grupos que con frecuente desgracia acababan atrapados en sus vericuetos -ni que decir tiene que los más pobres, los más marginados, los más indefensos-, como para mostrar el control social penetrante, continuado, persistente, absurdo, pero con metas muy precisas, ejercido por el nuevo poder político, que constituye un capítulo más oscuro del tema general de la represión franquista.

De la naturaleza del material fuente, así como de la tradición historiográfica en la que se inserta la autora -"...la tradición de la historia social británica y alemana..."- se deriva la estructuración de la primera parte del libro, resuelta en el acercamiento cualitativo a casos que ilustran aspectos muy variados, que van desde las víctimas inocentes de los restos del material bélico abandonado a la extorsión sexual, desde la accidentalidad en la población reclusa sometida a trabajos para redimir sus penas al aborto o el adulterio, pasando por el estudio de la incidencia del suicidio o la persecución de todo intento organizativo de la oposición; casos relacionados todos, de una u otra manera, con el ambiente de control social establecido por el nuevo régimen en fase de consolidación en Cataluña.

El párrafo precedente nos exime de referirnos a todos los temas desarrollados, intento por lo demás vano y sin sentido. Sin embargo, no estará de más comentar con algún detalle algunos que a nuestro juicio destacan, bien por la novedad, bien por el enfoque, y que permitan al lector de estas líneas calibrar el interés que ofrece el libro.

No se ignora las dificultades de todo tipo que entraña acercarse al estudio del suicidio. Se trata aquí de establecer alguna relación entre el suicidio y el ambiente de miseria material y control social de la posguerra. La autora realiza primero una crítica de las fuentes oficiales, tanto en el nivel estadístico como en el de los instrumentos de recogida de información, que permiten una aproximación al incremento en estos años de algunas de las causas reflejadas en series históricas. Al mismo tiempo, y del trabajo sistemático de la autora con las fuentes judiciales, deduce la cortedad e insuficiencia de las cifras estadísticas, así como el significativo aumento de suicidios de jóvenes en los años 1939-1943. El estudio de los casos cuya causa se atribuye al "temor de condena" pone en evidencia la directa relación entre suicidio y situación política, y nuevamente las fuentes oficiales -incluidas las sumariales- parecen quedarse cortas. Otros casos ilustran acerca del suicidio relacionado con la miseria, la nueva moralidad impuesta, especialmente sobre las mujeres, la soledad, el padecimiento físico y los ínfimos niveles sanitarios y de cobertura social, etc.

Los capítulos dedicados al control familiar y de la mujer, así como a la protección de la infancia, merecen también destacarse. En todos estos aspectos, como se señala, se hizo tabla rasa de todos los avances legislativos de la Segunda República, imponiéndose una estricta moral nacional-católica. Asociada a ella estaba la política natalista, que pretendía paliar las pérdidas demográficas de la guerra y del exilio. Si, en general, la mujer llevaba la peor parte, especialmente dura pasó a ser la situación de las madres solteras. Además, la penalización del aborto las condenó a todas al submundo de las nefastas tradiciones populares en la materia, o de personas sin escrúpulos, circunstancias ambas en las que literalmente se jugaban la vida.

La segunda parte del libro está dedicada al análisis sistemático de los informes de los curas rurales en los casos en que eran requeridos por la justicia franquista para manifestar sus opiniones sobre personas juzgadas por su militancia en el bando republicano. Este análisis muestra el grado de identificación de la Iglesia con el nuevo régimen, pues, en general, los sacerdotes cumplieron gustosos el papel de acusadores o de delatores, en venganza por las perse-

cuciones sufridas durante la dominación republicana. Y, por otro lado, el valor decisivo de sus informes exculpatorios en casos de personas de derechas o católicas que, obligadas por las circunstancias, desempeñaron algún papel en la legalidad republicana. El estudio del lenguaje de los informes abunda en la identificación Iglesia-Nuevo Estado, aunque pone de manifiesto también una reserva de independencia formal de los sacerdotes, amparados en su función religiosa y en la no dependencia jerárquica de las autoridades políticas, sin que eso signifique, por supuesto, reparo o distanciamiento alguno con respecto a la articulación del régimen.

En la tercera y última parte, a través de dos casos de diferente calado, sacados de la represión ejercida a través de la justicia militar, se profundiza en el papel de la represión en la formación del consenso en los primeros años. Especial interés tiene, tanto desde el punto de vista metodológico (la utilización de modelos de análisis propios de la antropología) como de las conclusiones que permite sacar, el segundo, en el que se siguen los procesos contra algunos vecinos de un pueblo de la zona estudiada. Elementos como el tamaño de la población, su ruralidad, la propiedad de la tierra, el arraigo o, por el contrario, la inmigración relativamente reciente, abundan en la tesis del conflicto social largamente gestado como el origen de la guerra civil. La represión de posguerra concitó una amplia red de acusadores en torno a los familiares de las víctimas del período anterior que, de forma arbitraria en muchos casos y con acusaciones de carácter general, elaboradas y fomentadas por las autoridades franquistas, claramente buscaba la expiación y la venganza por los sucesos previos, creando así un clima de amedrentamiento colectivo entre los vencidos, al tiempo que se creaba la solidaridad de los vencedores y el franquismo afirmaba y ampliaba sus apoyos.

Nos encontramos, en resumidas cuentas, ante un libro denso, una "historia desde abajo" realizada con fuentes creadas por los de arriba, tamizadas por unas aludidas y casi invisibles fuentes orales, historia de perdedores y gentes humilladas, que revela a la vez la sordidez de las condiciones de vida y la vileza del poder ejercido sin escrúpulos como venganza.

Aram Monfort i Coll

THOMÀS, Joan M. : *La Falange de Franco. El proyecto fascista del Régimen*, Barcelona, Plaza & Janés, 2001.

Estamos ante un libro que no solamente es la continuación de *Lo que fue la Falange*, publicado en esta misma colección en 1999, sino que además consolida a Joan M. Thomàs como el gran especialista en el estudio de la Falange. Este es un libro clave para comprender la evolución del franquismo en sus orígenes y entender el proceso inicial de consolidación del régimen más allá de la misma legitimidad de la victoria.

El desarrollo del libro gira entorno a una cuestión fundamental: ¿para qué sirve el partido único, qué es FET y de las JONS? Aquí se nos presentan dos posibles respuestas: para conquistar el Estado e impulsar un nuevo modelo institucional definido por la fusión orgánica de Estado y partido, con el predominio de éste sobre aquél; o bien, para dotar al Estado del personal político adicto imprescindible para el correcto funcionamiento de la administración pública (o lo que es lo mismo, el instrumento estatal al servicio del gobierno para subyugar la vida pública).

Se trata, en definitiva, de conceptualizar la utilidad política del partido fascista. ¿Qué querían? A qué aspiraban: ¿Al poder o a los réditos generados por la gestión de este poder? Pues, si lo que deseaban era el control absoluto, el fracaso fue evidente al tener que limitarse a medidas propagandísticas marcadamente demagógicas que simplemente disimulaban sus propias limitaciones (sería el caso, por ejemplo, de la gestión ministerial de Girón de Velasco al frente de cartera de trabajo). Por el contrario, si aspiraban (como demuestran los *legitimistas* victoriosos en la crisis de mayo de 1941) a la gestión de la parte proporcional del poder otorgado dentro de la coalición autoritaria, lejos de cualquier sueño hegemónico, convirtiéndose en el instrumento que necesitaba Franco “para consolidar su poder personal entre el resto de los sectores de la coalición que presidía y para dotar al Régimen y a él mismo de base de masas”; en este sentido su triunfo es indudable e incuestionable como demuestra el autor al calificar el régimen de fascistizado. Una fascistización caracterizada por la subordinación del partido único al Estado.

El libro centra su análisis en el período que el autor califica de “*los años de apogeo de la fascistización del Régimen (abril de 1939-mayo de 1941)*”. Este es el capítulo más extenso, interesante y detallado del libro, donde Thomàs nos explica el proceso de fascistización que para él es la clave para comprender la posguerra y la formación del Nuevo Estado. Esta fascistización es un proceso que partiendo de una premisa inicial incuestionable –la supremacía de los gobiernos designados por el Caudillo, pues la dictadura es franquista en el sentido nominal del término, sobre FET-JONS– se reconoce por una serie de sucesos que muestran el auge del partido único: el aumento del poder de Serrano como máxima figura política falangista; el crecimiento de los servicios de FET-JONS (celebración de actos masivos netamente falangistas); las posturas de acercamiento y conciliación entre el ejército y el partido; y por último, la política española, tanto la interior como la exterior, en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial.

Adentrados en el debate historiográfico sobre la conceptualización del régimen, el autor se posiciona calificando al régimen de fascistizado. Pues, con el desarrollo del libro una idea queda grabada en la mente del lector: la fuente del poder absoluto era Franco y en consecuencia, el ejercicio de éste estaba subordinado a la posibilidad de un acceso rápido y directo al Generalísimo, como queda demostrado con la actuación política de Serrano entre 1937 y 1941-42 y el comportamiento de Arrese en el período inmediatamente posterior a la defenestración política del “cuñadísimo”. Un Franco que aumentaba su poder en la medida que las tensiones entre falangistas (ya fuesen *legitimistas, camisas nuevas o serranistas*) – carlistas – alfonsinos – integristas católicos, justificaban su rol de árbitro. Paralelamente, Thomàs nos demuestra que la mayoría de estas luchas políticas tenían un trasfondo de rivalidades personales (la pugna por el control de Auxilio Social entre Mercedes Sanz Bachiller y Pilar Primo de Rivera o la misma lucha entre Serrano y Arrese, por citar dos de los ejemplos tratados en el libro) la mayor de las veces lejos de cualquier discrepancia ideológica o doctrinal.

Thomàs presenta la Falange autentica como una minoría, las posibilidades de la cual estaban supeditadas a un inmenso juego de estrategia e influencias para acumular poder a nivel personal, dejando en un plano secundario el interés general de los *legitimistas*. La mayoría de estos fueron muy bien recompensados, con interesantes cuotas de poder, a cambio de una obediencia ciega que puso en tela de juicio el radicalismo de su discurso nacionalsindicalista. Así pues, a través de la lectura de estas páginas el lector llega a la conclusión que FET-JONS es la respuesta —más allá de las luchas intestinas— a la necesidad del franquismo de crearse sus propios centros de formación y captación de personal político, y es en este sentido que el partido cumplió, a la perfección, su cometido.

No obstante, el libro nos muestra que la proyección pública de Falange le comportó la creación de muchos enemigos no solamente entre otras jerarquías del régimen, sino sobre todo entre la población española. FET-JONS era muy impopular pues a pesar de la falta de recursos y medios económicos (dependencia económica que era la mejor garantía de la subordinación a Franco tanto del partido como de los posibles descontentos fuera de control), la visión popular era que controlaba el poder y, en consecuencia, Falange era identificada con todas las limitaciones y carestías provocadas por el Nuevo Estado. Como nos demuestra el autor, otra cosa era que esta impopularidad del partido fuese utilizada —por determinados sectores franquistas no plenamente identificados con la fascistización del régimen— como arma política para justificar su posición política.

Con este libro Thomàs nos demuestra que en estos años los falangistas fueron la pieza central del juego político. A pesar de esto, en el momento en que los falangistas intentan superar la fascistización del franquismo con la radicalización del discurso en los temas sindicales, juveniles y militares, fracasan. Éste es el lógico resultante de la confluencia de distintos factores adversos: primeramente, los falangistas compiten con otras tendencias políticas dentro la coalición franquista; en segundo lugar, la demagogia obrerista y las demostraciones del poder sindical en la etapa Salvador Merino en la Delegación Nacional de Sindicatos dan miedo a determinados sectores empresariales; y en último lugar, pero no por eso menos importante, la desconfianza de dos instituciones básicas de la España nacional —la Iglesia y el Ejército— que ven con gran inquietud el nacimiento de una nueva organización —la OSE— con capacidad para movilizar las masas.

El resultado de la confluencia de estos factores en los años de la guerra mundial (especialmente con el inicio de la operación Barbaroja que dificultaba la satisfacción de las demandas territoriales españolas y la caída de Mussolini en 1943) será el inicio de una suavización del discurso radical nacionalsindicalista —favorecido por el nombramiento de Arrese como Secretario General del Movimiento—. Esto marca una defascistización, básicamente de formas que no de contenido, del régimen que tiene su máxima expresión en las declaraciones falangistas en la línea de destacar las peculiaridades hispanas alejándose de los referentes continentales del momento (el fascismo italiano y el nazismo alemán).

De la comprobación de la línea marcada por Thomàs en la publicación de sus obras, sólo nos queda esperar expectantes la aparición de un nuevo libro sobre la evolución de FET-JONS durante la segunda mitad de los años 40 y los 50, para de este modo reseguir la interesante y sugerente línea historiográfica marcada por el que actualmente es uno de los máximos estudiosos de la Falange franquista.

Antoni Lardín Oliver

PUIGSECH I FARRÀS, Josep, *Nosaltres, els comunistes catalans. El PSUC i la Internacional Comunista durant la Guerra civil*, Vic, Eumo Editorial, 2001.

En los últimos años, el periodo comprendido entre 1936 y 1975 se ha convertido entre los historiadores en objeto preferente de análisis, bien para completar los vacíos aún existentes o bien para revisar los estudios usados desde hace cincuenta años mediatizados por las circunstancias políticas y la escasa documentación al alcance de los investigadores en aquellos momentos. Esta proliferación actual de estudios es debida a la posibilidad de acceder a la documentación que se había mantenido hasta ahora inédita depositada en archivos o fondos documentales cerrados a la investigación histórica.

Es en el ámbito de la historia social y del movimiento obrero donde se está notando esta mayor producción y análisis historiográfico y así, entre la historiografía catalana uno de los temas que está siendo objeto de estudio es el Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC), para el cual -a diferencia de otros partidos- aún no contamos con una historia global que analice toda su trayectoria. Hasta ahora teníamos un conocimiento de sus orígenes (1930-1936) y de la última etapa (1956-1980), pero faltaba el análisis de la trayectoria del partido durante la guerra civil, no solo para conocer su evolución si no también para entender mejor la especificidad catalana que supuso la aparición del PSUC en julio de 1936 y tener una visión más completa del movimiento comunista en Cataluña. Es precisamente en estos aspectos en que el libro de Josep Puigsech sobrepasa por encima de otros: llena uno de los vacíos más flagrantes que existían en la historia social y obrera catalana; consulta nuevas fuentes que han permitido cambiar el enfoque del análisis; ofrece documentos internos del PSUC inéditos hasta ahora y revisa las conclusiones o hipótesis planteadas por aquellos que ya habían tratado del PSUC durante la guerra de forma más colateral.

Sin ninguna duda, el gran interés de este libro está en las fuentes utilizadas como son los documentos del Centro Ruso de Estudio y Conservación de la Documentación de la Historia Contemporánea y en el enfoque del análisis basado en los documentos redactados por elementos externos al partido, es decir, el PCE y los delegados que la Internacional Comunista (IC) envió a España y Cataluña durante la guerra: Codovila, Marty, Gëro, Togliatti y Stepanov. En consecuencia, esto ha permitido al autor confirmar, revisar o corregir las afirmaciones establecidas hasta ahora referidas a la actuación del PSUC durante la guerra civil, sobre su naturaleza y rescatar algunos documentos internos muy importantes como puede ser el informe que Joan Comorera redactó para la IC durante su estancia en la URSS en febrero de 1938 (reproducido como anexo del libro).

El autor estructura el estudio en dos partes bien diferenciadas aunque relacionadas entre sí: una primera dedicada a las relaciones entre el PSUC y la Internacional Comunista -y, en consecuencia con el PCE representante de la IC en España-, y otra en la que analiza la estructura interna del partido, la militancia y su procedencia ideológica y las relaciones que se establecieron con la UGT, la JSUC y el colectivo femenino.

Después de una breve introducción referente al origen del partido en la que corrige la fecha de fundación -del 23 de julio de 1936 al 24-, el estudio entra a tratar las relaciones que se establecieron entre la IC/PCE y el PSUC y en las causas que llevaron a este último a iniciar su conversión en un partido marxista-estalinista que, según el autor, se realizará en tres etapas: una primera desde julio de 1936 a mayo de 1937 caracterizada -a pesar de la adhesión inicial del PSUC a la IC-, por la desconfianza del organismo central comunista hacia el nuevo partido debido al incumplimiento de su línea política -que descartaba a corto y medio plazo la fusión de socialista y comunistas- y además, porque con la unificación no se había conseguido crear un auténtico partido comunista pues había más elementos socialista, nacionalistas y comunistas no estalinistas de los deseados lo que provocó despiadadas críticas de los delegados de la IC -excepto Gerö- y del PCE que por su parte, intentaba convertir al PSUC en su filial en Cataluña mientras que los comunistas catalanes insistían en mantener la independencia y relaciones en condiciones de igualdad como "un partido hermano", argumentando la diferente naturaleza de origen de ambos

partidos. La segunda etapa se inició después del episodio conocido como “el fets de maig” de 1937 y el autor expone como por las circunstancias de la guerra, el PSUC moderó su mensaje y carácter nacionalista catalán; estrechó contactos con el PCE; hizo suyas las consignas antitrotskistas de la IC; se estructuró como partido comunista adoptando el centralismo democrático y aumentó cada vez más su identificación con la URSS. Finalmente, una tercera etapa desde marzo de 1938 hasta febrero de 1939 en la que muestra cómo la IC había conseguido tener suficiente ascendente sobre el partido como para reclamar la presencia de Comorera en Moscú y exigirle la redacción de un informe en el cual intentará salvar la especificidad del PSUC alegando que ya había iniciado su conversión en un partido comunista y que estaba a punto de conseguirlo. El autor destaca esta cuestión como el inicio de la bolchevización que culminó en los años cuarenta durante el exilio: los dirigentes de la IC -Dimitrov y Manuilski- aceptaron los planteamientos de Comorera a cambio de la bolchevización del partido, tarea que deberá emprender Comorera a su regreso a Cataluña ya que la documentación estudiada por Puigsech indica que la situación ideológica real del PSUC no era la que se había expuesto ante la IC. El desenlace de la guerra ralentizó el proceso e hizo que únicamente afectara a algunos importantes cuadros locales, iniciándose también las primeras resistencias de los sectores dirigentes moderados procedentes de la USC.

En la segunda parte, el autor analiza la estructura, las relaciones orgánicas y las causas del crecimiento y el carácter ideológico de la militancia, bajo el prisma de la conversión en un partido comunista y de las relaciones con la IC. Como aspectos más significativos que aporta Josep Puigsech cabe destacar las dificultades del PSUC para convertirse en un partido comunista aceptable para la IC y el PCE debido a que de los militantes que tenía sólo el 62% eran de clase obrera y por la presencia en la dirección de personas procedentes del ámbito no comunista; la cuantificación de la militancia del partido que lleva al autor a revisar su crecimiento durante la guerra; un análisis de la distribución -según los partidos de origen-, de las secretarías del partido y las primeras “purificaciones”.

En resumen, a pesar de que, vista la documentación estudiada hubiera sido posible realizar un análisis más en profundidad y que algunas de sus afirmaciones son más que discutibles, nos encontramos ante un libro básico para el conocimiento de la historia del comunismo catalán en general y del PSUC en particular en el que Josep Puigsech nos acerca al reverso de su trayectoria durante la guerra civil, huyendo de la documentación oficial pública del partido y nos dibuja un PSUC que ha de realizar su particular travesía del desierto para convertirse en un partido comunista aceptable por la IC y esto lo hace con rigor científico, revisando y/o rectificando las hipótesis que se habían planteado hasta hoy.

Xavier Domènech

FONT I AGULLO, Jordi, *iArriba el campo! Primer franquisme i actituds polítiques en l'àmbit rural nord-català*, Girona, Diputació de Girona, 2001.

Es usual que cuando alguien se enfrenta a la *Opera Prima* de un historiador, más cuando ésta es producto de una tesina, se encuentra ante un trabajo de carácter empírico, con tanteos teóricos balbuceados entre el temor y el respeto. Situación que lleva a la consideración hacia alguien que empieza, pero que aún no ha madurado su corpus interpretativo. Se anuncia un futuro, más que la realización de una obra madura. Este no es el caso. Jordi Font i Agulló ha realizado una obra que contiene en ella un trabajo empírico exhaustivo y de primer orden, un armazón teórico bien construido y un conocimiento exhaustivo, que traspasa nuestras fronteras, del tema que quiera tratar: la configuración del consenso en torno al primer franquismo que apunta directamente al corazón del debate sobre la naturaleza del franquismo.

Debate de primer orden, y sobre el cual nuestra historiografía aún no ha llegado, y difícilmente llegará, a un consenso claro. Pero también debate que Jordi Font replantea en sus términos, dentro de una nueva corriente de historia social que paso a paso se va abriendo camino en nuestras tierras. Para este historiador el problema de la comprensión de la naturaleza del franquismo, y por tanto del lugar que ocupa entre las dictaduras nacidas en el mundo de entreguerras, no se dilucida sólo a partir del estudio de la represión, o en el debate sobre la capacidad de movilización social del régimen, o sobre si las divergencias dentro del mismo nos permiten hablar de un proyecto fascista o no. Desde su punto de vista, la comprensión y solución de los problemas de caracterización del régimen, de los cuales estos debates son sólo una muestra, tendría su forja principal en la mirada a la realidad microhistórica. Es allí donde el régimen se encarna en su globalidad en realidades tangibles, donde los órdenes económicos, culturales y políticos se reintegran en la experiencia de los sujetos, donde sus proyectos anunciados en las retóricas se convierten en realidades que se ponen a prueba y se modifican y donde sus características centrales se ponen al descubierto desnudas de cualquier velo. Es por tanto un trabajo de microhistoria, que busca en los sujetos sociales las respuestas a sus poderosas preguntas, y un trabajo de fuentes orales que busca en las experiencias y su reconstrucción en la memoria las claves de su interpretación. Centrado así en el caso del ámbito rural del norte de Cataluña se proyecta, desde la lectura comparada del caso Alemán e Italiano, hacia el centro del debate que ocupa gran parte de la historia social española.

En ese mundo micro su mirada se centrará en las bases sociales del propio régimen, donde fuera de la represión descarnada puede observar cómo se establece y la morfología que toma la nueva hegemonía cultural, social y política franquista. Mirada que nos lleva a la observación, desde diferentes encuadres y perspectivas, de un mundo de pequeños y medianos propietarios rurales que en los avatares del desarrollo capitalista se habían acomodado en un mundo cultural propio, hegemonizado por los grandes propietarios, donde una determinada visión religiosa, el gusto por el orden y la paz social, y una ética del trabajo, les habría permitido crearse un marco de seguridades y una estrategia de supervivencia que les definía como "comunidad" frente a los elementos perturbadores de este imaginario colectivo. La llegada de la República, la participación política plural y la conflictividad social habrían producido un principio de disgregación de este mundo, proceso que durante la Guerra Civil se exacerbaría y que sólo con la llegada del franquismo encontraría un punto de apoyo. Para Jordi Font este mundo sería la base natural del franquismo en las tierras de su estudio. Pero desde su análisis esta tradición "imaginada" no viviría un principio de restauración con la llegada del primer franquismo, sino que estas bases sociales extenderían ampliamente sus redes de poder y influencia hacia el resto de la población en concordancia (y redefiniendo en la medida que esto era posible) con el proyecto franquista. Una operación que no se haría sin una gran violencia simbólica y real.

El franquismo llegó, tal como nos describe el autor, inaugurando un nuevo tiempo y no sólo restaurando el antiguo. Un calendario social y festivo que implicaba la celebración de nuevas efemérides que a la vez que integraban

a los afectos en los nuevos ritos excluyan y estigmatizaban a aquellos que ya no formaban parte de la “comunidad”. Inclusión y exclusión que se extendía bajo el nuevo régimen a los comportamientos privados, donde las opiniones y las costumbres eran controladas con celo por los cuerpos represivos y la Iglesia. Un régimen, en definitiva, que cuando se encarnaba en realidades realizaba una operación de exclusión social y cultural que llevaba a la muerte, al exilio o a la desmovilización y alienación en una vida escapista a los más, pero que a su vez extendía un mundo de orden y moral donde los sectores sociales de pequeños y medianos propietarios se sentían acomodados: reproducía y extendía ese mundo, considerado como el natural entre sus filas, y en caso de conflicto se mostraba como el baluarte de que no volviese la desintegración anterior. En este sentido, el autor fundamenta su afirmación de que la represión era tanto el camino de llegada como el de salida del consenso en torno al régimen.

Si el fascismo se entiende como la realización de la conquista total del Estado por parte de los movimientos que le dieron nombre y la integración de la sociedad en un proyecto totalizador, para Jordi Font el debate no tendrá mucho sentido. Para él, desde el conocimiento de las realidades de los fascismos históricos y no de los fascismos ideales, y desde el acuerdo con la doble lectura del fascismo de Enzo Collotti, el fascismo constituiría un nuevo bloque histórico heterogéneo, que reuniría en él las bases tradicionales de la derecha. En un proyecto común no de restauración, sino de reconstrucción a partir de la purificación, el control de la sociedad y el consenso de sus bases sociales. Estaría así de acuerdo con la interpretación de Ángela Cenarro según la cual la unificación de FET-JONS no sería el principio de la desarticulación del fascismo español, sino la posibilidad de su realización histórica. En este contexto las bases sociales del franquismo que él analiza no se adecuarían a un nuevo régimen, sino que serían sus partes constitutivas. Proceso plenamente observable en la constitución de los poderes locales. Allí este fascismo se encarnaría en una realidad plural y diversa, con actitudes políticas que han de observarse desde las trayectorias vitales buscando en ellas aquello común, las zonas de conflicto y de integración. Y en este microanálisis el autor nos muestra una realidad sorprendente.

En este marco, donde la aproximación metodológica de Jordi Font muestra más cuidado, y donde realmente sobresale, es en el caso de las biografías políticas que establece a partir de las fuentes orales. Tratadas extraordinariamente bien, desde el reconocimiento del impacto en la construcción del recuerdo que supuso la adaptación a un nuevo orden, permiten observar la pluralidad de caminos que llevaron a la adhesión al régimen y los elementos que explican la posibilidad de pervivencia, readaptación y reconstrucción de este orden rural imaginario. En este tramo de su obra destaca la importancia de la socialización familiar, más cuando ésta es omnipresente en el mundo rural que nos muestra; o las condiciones que posibilitaron el retorno de los elementos extraviados en los caminos de los años treinta, cuando en los cuarenta la familia se convierte en la llave principal de la resocialización en una nueva realidad o de reclusión ante ella, reforzada por el nuevo orden imperante. A su vez, es en este tramo en el cual Jordi Font nos puede mostrar en su plenitud la tesis sostenidas sobre los mitos que posibilitaron la incorporación al proyecto franquista de estas bases sociales y su papel en la construcción de este mismo proyecto. A su vez, el análisis siempre mantiene un contrapunto con informantes que no recuerdan la realidad de la misma forma que los adictos y que nos permiten entrever cómo el concepto de comunidad aldeana desgarrada por la República y la Guerra Civil tiene más de construcción de una parte de esta misma comunidad que de realidad histórica.

Este es un libro denso, a veces demasiado apegado en sus análisis al dictado de la fuente y no de los problemas que él mismo se plantea, lo que implica una lectura necesariamente sosegada y atenta. Pero tanto por sus aproximaciones metodológicas, como por sus fértiles interpretaciones, viene a ofrecernos una nueva forma de entender la naturaleza del franquismo. Un debate viejo en manos nuevas.